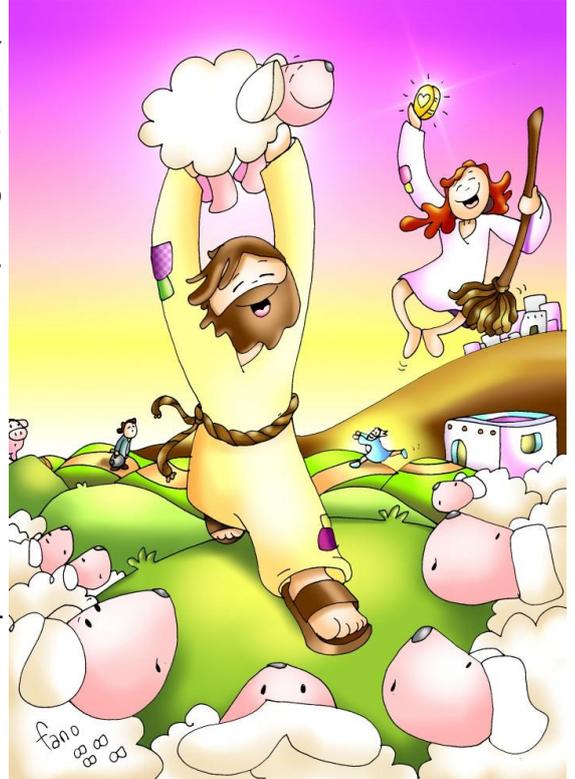


# XXIV Tiempo Ordinario - C

- **Éxodo 32, 7-11.13-14** ● **“Se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado”**
  - **Salmo 50** ● **“Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre”**
  - **1 Timoteo 1, 12-17** ● **“Cristo vino para salvar a los pecadores”**
- **Lucas 15, 1-32** ● **“Habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta”**

## Lc 15, 1-32

<sup>1</sup> Los publicanos y los pecadores se acercaban para oírlo. <sup>2</sup> Y los fariseos y los maestros de la ley lo criticaban: «Éste acoge a los pecadores y come con ellos». <sup>3</sup> Entonces les propuso esta parábola: <sup>4</sup> «¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una, no deja las noventa y nueve en el campo y va en busca de la perdida hasta que la encuentra? <sup>5</sup> Cuando la encuentra, se la echa sobre sus hombros lleno de alegría, <sup>6</sup> y, al llegar a casa, llama a los amigos y vecinos y les dice: ¡Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja perdida! <sup>7</sup> Pues bien, os digo que habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse». <sup>8</sup> «O ¿qué mujer que tenga diez monedas, si pierde una, no enciende una luz y barre la casa y la busca cuidadosamente hasta encontrarla? <sup>9</sup> Y cuando la encuentra, llama a sus amigas y vecinas y les dice: Alegraos conmigo, porque he encontrado la moneda que había perdido. <sup>10</sup> Os digo que así se alegrarán los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente». <sup>11</sup> Y continuó: «Un hombre tenía dos hijos. <sup>12</sup> Y el menor dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde. Y el padre les repartió la herencia. <sup>13</sup> A los pocos días el hijo menor reunió todo lo suyo, se fue a un país lejano y allí gastó toda su fortuna llevando una mala vida. <sup>14</sup> Cuando se lo había gastado todo, sobrevino una gran hambre en aquella comarca y comenzó a padecer necesidad. <sup>15</sup> Se fue a servir a casa de un hombre del país, que le mandó a sus tierras a guardar cerdos. <sup>16</sup> Tenía ganas de llenar su estómago con las algarobas que comían los cerdos, y nadie se las daba. <sup>17</sup> Entonces, reflexionando, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, y yo aquí me muero de hambre! <sup>18</sup> Volveré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. <sup>19</sup> Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: tenme como a uno de tus jornaleros. <sup>20</sup> Se puso en camino y fue a casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio y, conmovido, fue corriendo, se echó al cuello de su hijo y lo cubrió de besos. <sup>21</sup> El hijo comenzó a decir: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo. <sup>22</sup> Pero el padre dijo a sus criados: Sacad inmediatamente el traje mejor y ponédselo; poned un anillo en su mano y sandalias en sus pies. <sup>23</sup> Traed el ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete, <sup>24</sup> porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido encontrado. Y se pusieron todos a festejarlo. <sup>25</sup> El hijo mayor estaba en el campo y, al volver y acercarse a la casa, oyó la música y los bailes. <sup>26</sup> Llamó a uno de los criados y le preguntó qué significaba aquello. <sup>27</sup> Y éste le contestó: Que ha vuelto tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado porque lo ha recobrado sano. <sup>28</sup> Él se enfadó y no quiso entrar. Su padre salió y se puso a convencerlo. <sup>29</sup> Él contestó a su padre: Hace ya tantos años que te sirvo sin desobedecer jamás tus órdenes, y nunca me has dado ni un cabrito para celebrar una fiesta con mis amigos. <sup>30</sup> ¡Ahora llega ese hijo tuyo, que se ha gastado toda su fortuna con malas mujeres, y tú le matas el ternero cebado! <sup>31</sup> El padre le respondió: ¡Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo! <sup>32</sup> En cambio, tu hermano, que estaba muerto, ha vuelto a la vida; estaba perdido y lo hemos encontrado. Convenía celebrar una fiesta y alegrarse».



## Notas sobre el texto, contexto y pretexto.

● El capítulo 15 de Lucas nos presenta el tema de la búsqueda y el encuentro de lo que estaba perdido... abordándose de esta manera la misericordia de Dios. Se nos presentan en serie las tres parábolas que la ilustran: **la de la oveja, la moneda y la de los hijos “perdidos”**, o mejor, del “padre misericordioso”. El marco de la enseñanza no puede pasar desapercibido: recaudadores y descreídos se acercaban a Jesús provocando el enojo de los jefes religiosos. Se fraguaba en el judaísmo la posterior prohibición de contacto con irreverentes e impíos para todo observante de la Ley de Moisés. La respuesta es la audacia del Evangelio como Buena Noticia para los alejados... de la legalidad.

## Notas para fijarnos en Jesús y el Evangelio

- ✓ Jesús quiere justificar su comportamiento con los publicanos y pecadores (15,2): hablándoles de la alegría de Dios al encontrar lo que estaba perdido y les invita a cambiar de actitud (15,25-32) entrando en la dinámica de la bondad de Dios que se revela en Jesús.
- ✓ Las tres parábolas ofrecen el denominador común de **la misericordia de Dios**. En su **raíz latina** "misericordioso" (*misereo-cordis*) es el capaz de compasión en su propio corazón; esto es, en lo más íntimo y vital de su ser. En su **raíz hebrea** el concepto descubre aún mayor ternura. Misericordia (*rejem-rajamim*) es la entraña íntima, casi el útero materno, capaz de sentir gozo, dolor, vida, pasión e ilusiones, por los gozos, los dolores, las pasiones e ilusiones del hijo que ha engendrado. Así que para comprender al Dios que presentan estas parábolas se precisan de los rasgos propios de la maternidad. Ya dice un escritor árabe que Dios ama como las madres, y éstas no aman por igual a sus hijos. Aman más "al que está lejos hasta que vuelve, al enfermo hasta que sana, al que está solo hasta que se enamora". Sólo este amor entrañable explica y justifica al pastor que por una oveja deja a las noventa y nueve; o a la mujer que no puede guardar el gozo de su hallazgo; o al padre que estaba esperando al más pródigo de sus hijos, y es que el otro también lo era. Pese a la fidelidad incondicional para con su padre, el hijo mayor estaba perdido y no lo sabía... porque no participaba de la misericordia entrañable del padre.
- ✓ Las dos primeras parábolas hablan de la búsqueda del pecador por el Padre, la tercera de la acogida del que vuelve al Padre (¿podría verse en esta última unas reticencias, de la comunidad de Lucas, de la llegada de nuevos convertidos a la comunidad cristiana?).
- ✓ La parábola de la oveja perdida tiene como trasfondo el texto de Ezequiel 34,11-16: Jesús justifica su actuación con los marginados de Israel, explica el cumplimiento del texto del profeta, que frente a la conducta egoísta de los malos pastores de Israel vislumbra en el futuro a Dios mismo como el Pastor que cuidará de todas las ovejas, en especial de las descarriadas y perdidas. Lucas insiste en la alegría del encuentro con lo perdido (Lc 15, 9.23-24). Mateo nos cuenta esta parábola pero actualizando el contexto (Mt 18).
- ✓ La parábola del dracma perdido (*dracma: unidad monetaria griega*) tiene la misma lección que la anterior: el amor misericordioso y constante de Dios busca lo perdi-

do y se alegra cuando lo encuentra. Dios hace que el pecador convertido recupere su imagen deformada por el pecado (Col 3,10) y llegue a ser su hijo adoptivo (Gal 4,4)... Jesús pide la conversión (15,7) sabiendo que Dios espera al pecador arrepentido.

- ✓ La tercera, la mal llamada "del hijo pródigo", es, en realidad, la del "amor del padre". Se la llama -y con razón- "la obra maestra de las parábolas de Jesús" por su intensidad de matices (tiene una lejana analogía con la de Mateo 21,28-32. Se recuerda que la ley judía preveía que el hijo más joven recibiría un tercio de la fortuna de su padre (Dt 21,15-17). La división podía hacerse en vida, pero los hijos no accedían a la herencia hasta la muerte del padre (Eclo 33,20-24). Aparece la alegría como en las anteriores (Lc 15,24.32), pero se fija en la figura del Padre y su voluntad que perdona (el amor de Dios siempre precede a nuestra conversión). Las consecuencias de la iniciativa del padre se simboliza en el anillo, que es signo de autoridad (Gn41,42; Est 3,10; 8,2), y en las sandalias, que es el calzado del hombre libre.
- ✓ Pocas páginas del Evangelio revelan el amor incondicional de Dios, su naturaleza entrañable, su capacidad para conmovirse. Entre los cristianos a quienes escribe Lucas, algunos se jactarían de practicar toda la ley ("¡Nunca hemos desobedecido una orden suya!"). A los antiguos paganos, a los débiles, a los menos considerados en la comunidad cristiana se les comunica el motivo del gozo de Dios que no es el cumplimiento de los observantes sino la capacidad de los alejados de volver siempre atrás. Esto es justamente la conversión.

**Las tres parábolas coinciden en la alegría por recuperar lo que se ha perdido, (buscan), se alegran y celebran una fiesta.**





### VER:

**D**e vez en cuando aparece en los medios una triste noticia: es encontrado el cadáver de una persona que llevaba semanas o meses muerta, pero nadie se había dado cuenta. Podemos imaginarnos el sentimiento de soledad que experimentarían estas personas, día tras día, sabiendo que nadie las esperaba, que nadie las echaría en falta. Un sentimiento que afecta también a personas que sufren una soledad peor, que es la de sentirse solas estando acompañadas. Quizá nos sentimos así y, parafraseando el estribillo de una canción de Alaska y Dinarama, podemos preguntarnos con verdadero dolor: “¿A quién le importa lo que yo haga, a quién le importa lo que yo diga?”

### JUZGAR:

**E**l Evangelio de hoy corresponde al capítulo 15 de san Lucas, conocido como el de “las parábolas de la misericordia”: la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo, aunque esta última deberíamos denominarla, en consonancia con las otras, “los hijos perdidos”.

Un denominador común de estas tres parábolas es la pérdida. Y en un primer momento, podríamos preguntarnos: “¿A quién le importa que se hayan perdido?”

Teniendo cien ovejas, por una que se pierda, ¿a quién le importa? No merece la pena ir a buscarla.

Teniendo diez monedas, por una que se pierda, ¿a quién le importa? Podrán tener un valor sentimental, pero no merece la pena el trabajo de encender una lámpara, barrer la casa y buscar con cuidado... seguramente lo que pensaríamos sería: “Ya aparecerá”, y no perderíamos más tiempo.

En cuanto a los dos hijos... El menor realmente insultó a su padre pidiéndole *la parte que le tocaba de la fortuna*. Es como si le hubiera dicho: “No puedo esperar a que te mueras para heredar”. Y se fue porque quiso, nadie le echó, así que: “¿A quién le importa lo que le pase? Él se lo buscó”.

En cuanto al hijo mayor, aunque no se había ido físicamente de casa, también estaba “perdido”, porque ni conocía a su padre ni era consciente de lo que significaba estar siempre con él. Pero: “¿A quién le importa su indignación y sus protestas? Ya se dará cuenta y se le pasará el enfado”.

Pero hay otro denominador común de estas tres parábolas: la misericordia de Dios. Si nos preguntamos a quién le importan esas pérdidas, la respuesta es muy clara: “A Dios”.

Dios es ese Pastor al que le importa una sola oveja perdida y, por eso, *deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada*. Dios es esa Mujer a quien le importa una sola moneda perdida y, por eso, *enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado hasta que la encuentra*.

Sobre todo, Dios es ese Padre al que le importan

todos sus hijos, y que, cuando su hijo menor *todavía estaba lejos, se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos*.

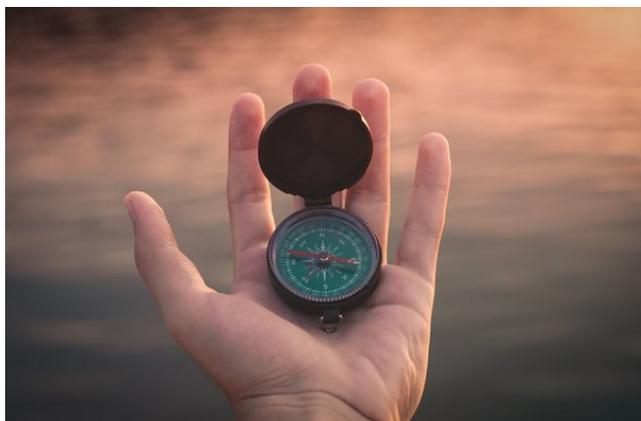
Dios es ese Padre que, cuando vio que su hijo mayor *no quería entrar en el banquete, salió e intentaba persuadirlo con amor y paciencia: Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo*.

Y el Evangelio de hoy no son simplemente “palabras bonitas”. En la 2ª lectura hemos escuchado la experiencia vivida por san Pablo: de estar perdido (*antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente*). Y, después, de haber descubierto que a Dios le importaba: (*Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía pues estaba lejos de la fe*).

### ACTUAR:

**T**odos podemos “perdernos” o sentirnos perdidos en algún momento: a veces porque somos como esa oveja, que buscamos “otros pastos”, otros “dioses”, como el pueblo de Israel en la 1ª lectura; otras veces somos como esa moneda, y no sabemos cómo nos hemos perdido, cómo nos hemos metido en la situación en que nos encontramos; otras veces somos como el hijo menor, queremos “disfrutar de la vida”, hacer lo que queremos, vivir sin Dios; otras veces somos como el hijo mayor, y Dios es para nosotros un opresor que sólo nos da trabajo y pocas alegrías; otras veces, como a san Pablo, nos pesa nuestro pasado y dudamos de que Dios pueda aceptarnos.

Todos podemos identificarnos con cualquiera de estas experiencias de vida. Todos podemos sentirnos perdidos aunque estemos rodeados de gente, y preguntarnos: “¿A quién le importa lo que yo haga?”. Y puede ser que realmente no haya nadie a quien le importe; pero hoy el Señor nos recuerda que a Dios Padre sí que le importa, y que siempre va a estar buscándonos y esperándonos.



**Acción Católica General**  
Alfonso XI, 4 - 5º 28014 Madrid  
[www.accioncatolicageneral.es](http://www.accioncatolicageneral.es)  
[acg@accioncatolicageneral.es](mailto:acg@accioncatolicageneral.es)